

CUADERNOS

historia 16

La revolución mexicana

Vicente González y Pedro A. Vives



55

Entrega n.º55 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la revolución mexicana.

Entrada de Madero en la Ciudad de México, por Leopoldo Méndez.

Índice

La revolución mexicana

Por Vicente González Loscertales

Profesor de Historia de América Contemporánea.

Universidad Complutense de Madrid.

Cronología

La revolución institucionalizada

Por Pedro A. Vives Azancot

Profesor de Historia de América Contemporánea.

Universidad Complutense de Madrid.

Bibliografía

La revolución mexicana

Por Vicente González Loscertales

Profesor de Historia de América Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

El primer medio siglo de vida independiente no había traído a México la prosperidad prevista por los padres de la independencia. Guerras civiles, crisis económica, inestabilidad política, malestar social, deudas e intervenciones extranjeras e inseguridad ciudadana habían estado presentes en casi todo momento a lo largo de más de cincuenta años.

El triunfo, en 1867, sobre el imperio de Maximiliano supuso la definitiva implantación del Estado liberal y la llegada al poder de un grupo de hombres con visión nacional del Estado fuertemente cohesionado por las luchas contra los conservadores y el imperio y por una ideología común, el liberalismo.

El restablecimiento de la Constitución de 1857 y la existencia de un líder indiscutido, Benito Juárez, hacían presagiar un período de estabilidad política que llevara consigo la pacificación del país y la necesaria obra de reconstrucción económica. La muerte de Juárez y las divisiones entre sus partidarios favorecieron la dispersión del poder, paralizando la obra emprendida.

La falta de visión nacional fomentaba la aparición de rebeliones regionales. La que lleva al poder en 1876 al hé-

roe de las luchas contra el imperio, coronel Porfirio Díaz, tiene esta impronta.

Instalado en el poder, Díaz continúa en parte la obra de los liberales. Pero, entre el orden y la libertad, opta por aquél y modifica la Constitución, que consagraba el principio de no reelección, para mantenerse al frente del país como dictador desde 1884.

El orden público y el progreso económico serán las metas de su labor, basada en la atracción de inversiones extranjeras y en el desarrollo de las exportaciones agrícolas y mineras. La fórmula da resultados: el país crece.

La población pasa de 9 a 15 millones en treinta años, el crecimiento industrial es del orden del 12 por 100 anual y las exportaciones aumentan entre 1878 y 1911 en un 6 por 100 anual por término medio.

Surge una fuerte inversión de capital nacional en la industria, el 75 por 100 del total invertido en el sector. Las inversiones extranjeras superan los 1.700 millones de dólares, repartidos entre la deuda pública, los ferrocarriles y las minas. Aproximadamente, 680 millones corresponden a las norteamericanas, más de 500 a las inglesas y unos 450 a las francesas. Se aceleró, además, en el período de apogeo la integración de los mercados regionales en un gran mercado nacional. México se vincula estrechamente al mercado mundial y sus crisis van a repercutir en el país intensamente.

Junto a esta fragilidad ante las crisis, se observa desde 1895 a 1910 una merma de un 17 por 100 en los salarios reales, una disminución de 20.000 puestos de trabajo en el sector textil, desde 1900 a 1910, una subida en los mismos años de los alimentos en un 20 por 100 y un descenso de la producción agrícola en algunos estados norteños como Sonora, Sinaloa y Chihuahua, en un 40 por 100.

Esta crisis de coyuntura explica el papel de estos estados en la revolución. Los desequilibrios llevan consigo grandes costes sociales y un deterioro del nivel de vida de

los grupos medios, obreros y campesinos: categorías que conviene explicar.

Los grupos medios, situados entre las masas y la minoría adinerada de grandes propietarios, banqueros, industriales, comerciantes y financieros, muchos de ellos de origen extranjero, ven agravadas sus dificultades. Numéricamente representa la mitad de la población urbana, más de dos millones de personas, atrapadas entre la crisis económica y la incapacidad del sistema para generarles empleo. Para los 15.000 abogados, 5.000 médicos e ingenieros, 4.000 agrónomos, desempleados, y los 12.000 maestros mal pagados, la revolución era una esperanza y entre ellos recluta sus dirigentes.

El joven proletariado mexicano, unos 195.000 obreros y 500.000 artesanos, en 1910, muchos de ellos empleados en empresas extranjeras y concentrados en los centros industriales: México, Monterrey, Puebla o Veracruz, realiza jornadas laborales de doce horas y asiste, desde 1905, al descenso de sus salarios reales, lo que explica huelgas e incidentes como el de los mineros del cobre de Cananea, en 1906.



El número de proletarios es insignificante frente a los once millones de campesinos dirigidos por extranjeros de ideología anarquista. Por su debilidad numérica e ideológica, aceptan la tutela del Estado y se someten a su arbitraje antes de lanzarse por la vía revolucionaria como los miles de rancheros, pequeños propietarios y aparceros.

Estos grupos, en expansión numérica en 1910, ven reducido su acceso al agua a causa del crecimiento de las haciendas, propiedad de algo más de un millar de personas físicas o jurídicas que poseen el 65 por 100 de la tierra cultivable en 1910 y dan trabajo a más de tres millones de peones.

La lucha entre campesinos libres y la hacienda en expansión se encarniza en estados como Morelos, cuna del movimiento zapatista, donde las comunidades ofrecen una feroz resistencia para no perder sus derechos de agua y a los pastos y no acabar convertidos en fuerza de trabajo para la gran agricultura de exportación.

La ley sobre terrenos baldíos de 1894 agrava el problema al favorecer el deslinde de tierras sin propietarios o con títulos de propiedad insuficientes y la acumulación de enormes latifundios por las grandes compañías. El malestar campesino confluye con el de las clases medias y grupos regionales, a los que la camarilla que rodeaba a Díaz, conocida como los *científicos* por el pueblo, relega a la condición de segundones en sus propios estados, por obra y gracia del control del sistema bancario y de su posición privilegiada junto al dictador.

La ausencia de actividad parlamentaria, fruto de la dictadura que impedía a los grupos regionales hacer oír su

voz al poder central a través de sus representantes en el Parlamento, les convence de la urgente necesidad de una vuelta al sistema constitucional de 1857. La misma idea prende en los sectores medios urbanos, sin salidas profesionales por el anquilosamiento del Estado porfirista, que se verían favorecidos con la renovación política inherente a la vuelta al sistema constitucional.

Estas dos corrientes de descontento, la formada por pequeños y medianos propietarios, comuneros, acosados por el latifundio capitalista que con sus sistemas de tiendas de raya ataca también al pequeño comercio local, y la de las clases medias, que ven la salida a sus problemas en una reivindicación política, confluyen en 1910 en la lucha contra la dictadura.

Francisco Madero

El dirigente de este movimiento antidictatorial de retorno a la legalidad constitucional es Francisco I. Madero, miembro de una adinerada familia de Coahuila, educado en Francia y Estados Unidos, al que Charles de Cumberland, eminente historiador de la revolución mexicana describe como *una combinación de las fuerzas nuevas de México: el nacionalismo, el humanitarismo, el intelectualismo y el progreso nacional*.

Su carrera política se inicia en 1904 como miembro de una candidatura en elecciones municipales. Funda el Club Democrático Benito Juárez y desempeña pronto un papel principal en la organización de la oposición al régimen. En 1909 publica un libro: *La sucesión presidencial en 1910*, obra de enorme influencia a pesar de la mediocridad de las ideas que expresaba.

Tras crear el *Centro Antirreeleccionista de México* con un grupo de hombres como Filomeno Mata, José Vasconcelos o Luis Cabrera, lanza un *manifiesto* con su pensa-

miento político: se atribuyen a la dictadura los males del país, la corrupción en la administración de justicia, la situación de inferioridad de los mexicanos frente a los extranjeros, la emigración al exterior de muchos mexicanos, las concesiones abusivas a extranjeros y la destrucción del espíritu público.

La actividad del grupo, desempeñada por figuras representativas de las clases medias, se orienta a reivindicar el principio antirreeleccionista o el sufragio efectivo de palabra en *El antirreeleccionista*, periódico surgido con vistas a unas elecciones en las que triunfa el dictador y su candidato a la vicepresidencia, Ramón Corral.

Acusado de instigación a la rebelión en San Luis Potosí, Madero es detenido. Logra escapar a San Antonio (Tejas), donde hace público su Plan de San Luis, manifiesto político en el que declara nulas las elecciones, denuncia los abusos de la dictadura, se ratifica el principio de No Reelección y tiende una mano a los sectores agrarios descontentos con el régimen porfirista, al declarar sujetas a revisión las disposiciones abusivas sobre terrenos baldíos, que serían restituidos a los campesinos despojados de modo arbitrario.



Porfirio Díaz, en un mural de David Alfaro Siqueiros titulado La revolución contra la dictadura porfiriana (detalle).

El Plan fija fecha para que *de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas*. En las ciudades controladas por el ejército y la policía de Porfirio Díaz se practican redadas de maderistas, pero el campo se levanta contra el dictador; según José Vasconcelos, *el campo se movió con lentitud pero con éxito*. Los campesinos y los pequeños propietarios y comerciantes rurales responden a la Llamada.

Grupos de campesinos de Chihuahua, acaudillados por Pascual Orozco. Pancho Villa y Abraham González, entre otros, emprenden la guerra contra la dictadura. En Sonora, el líder fue José María Maytorena: Eulalio y Luis Gutiérrez, en Coahuila: en Baja California, Luis Leyva: en Guerrero, los Figueroa: en Zacatecas, el liberal Luis Moya, y en Morelos, Emiliano Zapata. Todos reconocían como jefe a Francisco Madero, ausente en su exilio tejano, excepto el Partido Liberal de los hermanos Flores Magón.

Entre noviembre de 1910 y mayo de 1911, apenas en medio año, se desploma un régimen que había durado

treinta y cuatro. La solidez de la dictadura se había ido erosionando con el paso del tiempo, presa del envejecimiento de sus hombres y de las querellas internas entre el general Bernardo Reyes y sus partidarios y los *científicos*.

La revolución maderista

El poderoso ejército, organizado por Porfirio Díaz (nominalmente 31.000 hombres, en realidad poco más de 14.000, incluidos los rurales), mandado por generales viejos e ineptos en los puntos de mayor responsabilidad y dirigido desde el Palacio Nacional por el dictador, fue víctima de las emboscadas de las guerrillas de Orozco, Villa, etcétera, en el Norte, y de Zapata y sus lugartenientes, atraídos a la causa revolucionaria por el artículo 3.º del Plan de San Luis, en el Sur.

La revolución se extendía por Coahuila, Aguascalientes, Tlaxcala y Yucatán, aunque Chihuahua y el norte de Durango seguían siendo el foco más importante, ante la impotencia del Ejército federal y los rurales para someterlos, pues sólo contaban con 50 cartuchos por cabeza y con cuatro generales de División que tenían ochenta y cuatro, ochenta, setenta y nueve y sesenta años.

La incapacidad del Gobierno para someter a los insurrectos hizo perder el temor a los sectores populares. Peones y obreros engrosaban las filas revolucionarias y las poblaciones les daban apoyo e información.

La toma de Ciudad Juárez por las tropas de Orozco y Villa permitió a Madero establecer en ella su gobierno provisional y dio renovado impulso al movimiento. El avance del ejército del Sur hacia la capital y las violentas manifestaciones contra el régimen que aquí se suceden obligaron al dictador a firmar el tratado de Ciudad Juárez (21 mayo de 1911).

El tratado suponía la renuncia y exilio de Díaz, pero también la dimisión de Madero, la formación de un gobierno provisional y la celebración de elecciones, pues el dirigente revolucionario quería acceder al poder por vía democrática y no deber la magistratura ni a sus jefes militares, ni a los Estados Unidos, cuyas fricciones con Porfirio Díaz dieron libertad de acción a los revolucionarios y presionaron a éste con la amenaza de intervención si no abandonaba el poder.

La presidencia interina, encargada de pacificar el país y convocar elecciones generales, la asumió el ministro de Relaciones Francisco León de la Barra. Debía aplicar amnistía por delitos de sedición y licenciar a las fuerzas revolucionarias, lo que significaba dejar en manos del gobierno derrotado el aparato estatal y suspender las reformas sociales, políticas y económicas del Plan de San Luis. Madero, según Berta Ulloa, quedó atrapado *en las garras del régimen vencido*.

El descontento popular crecía, las tropas revolucionarias se negaban a licenciarse, las huelgas e invasiones de tierras proliferaban. Zapata y los suyos presionaban al gobierno para que llevara a cabo la restitución de tierras prevista en el Plan de San Luis: en caso contrario, no entregarían las armas, como no lo hicieron a pesar del arbitraje de Madero.

Los conflictos entre revolucionarios obligaron a adelantar las elecciones, a las que concurrió Madero, encabezando la lista del recién creado Partido Constitucional Progresista, acompañado de José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia. Las elecciones del 1 y 15 de octubre les dieron la victoria de manera clara y rotunda.

Cuentan que Porfirio Díaz, al emprender el camino del exilio, comentó al general Huerta, que mandaba la escolta que le conduela: *Madero ha soltado al tigre, veremos si puede controlarlo*. Efectivamente, los diferentes conceptos de la revolución que tenía cada grupo van a entrar en

conflicto durante los catorce meses escasos de gobierno de Madero.

La presidencia de Madero

La alianza entre clases medias y campesinos, entre sectores urbanos y rurales, comienza a desmoronarse, mientras pervive el entramado porfirista; los grupos radicales dentro del maderismo, como el Bloque Renovador, de Luis Cabrera y Serapio Rendón, actúan con indisciplina y la oposición destruye proyectos constructivos y propaga rumores catastrofistas.

Entre los grupos reaccionarios que pretenden volver al orden de cosas anterior y los revolucionarios que exigen tierras, justicia y salarios más elevados, Madero debe realizar su programa político y hacer frente a las rebeliones de ambos signos.

El Plan de San Luis preveía la restitución de la tierra a los despojados ilegalmente de ella y el fomento de la pequeña propiedad. Pero también se arbitraron otras medidas, como la asignación de tierras estatales o baldías y la compra a particulares para dotar a los pueblos de tierras comunales y fomentar la pequeña propiedad agraria.

Estas medidas recuperaron 21 millones de hectáreas de terrenos nacionales, pero no satisfacían a los diputados revolucionarios, que presentaron varios proyectos de ley de carácter más radical. Así, los de Luis Cabrera, que proponía expropiar las tierras necesarias para la dotación y reconstrucción de ejidos a los pueblos y favorecer la dotación de latifundios mediante una política fiscal equitativa.

La proliferación de huelgas, sobre todo en los sectores minero y textil, paralizaron en este último día 80 por 100 de las industrias. El Gobierno creó una Oficina de Trabajo que en menos de un año había mediado con éxito en 70 conflictos. La jornada de trabajo fue reducida a diez horas

(anteriormente eran doce), dictándose una ley sobre accidentes de trabajo que con los aumentos de sueldo, la ampliación de hospitales gratuitos y los comedores escolares, entre otros adelantos, fueron aportaciones del gobierno de Madero al bienestar social, en un contexto económico no excesivamente deteriorado, con un superávit en la balanza comercial de cien millones de pesos, una mejora en la recaudación y un aumento de los impuestos sobre artículos de lujo o no de primera necesidad.

 <p>EMILIANO ZAPATA</p>	<p><i>Emiliano Zapata (San Miguel Anenecuilco, Morelos, 1883-Chinameca, Cuernavaca, 1919). Revolucionario y jefe agrarista mexicano. Hijo de unos humildes campesinos, Zapata inició sus actividades revolucionarias en 1909, armando a 80 hombres que tomaron unas tierras para repartirlas entre los campesinos que las cultivaban.</i></p> <p><i>En 1911, Zapata es nombrado jefe supremo del movimiento revolucionario del Sur y jefe maderista de Morelos. Tras los acuerdos de Ciudad Juárez, Zapata licenció a sus hombres a la espera de una solución de los problemas agrarios. Tras los sucesos de Puebla (muerte de 50 maderistas por los federales), Zapata volvería a reorganizar su movimiento armado, que no cesaría hasta la muerte del líder. Mediante el Plan de Ayala, Zapata separaba su movimiento de los restantes programas políticos de la revolución mexicana, agitando la bandera del reparto de tierras como objetivo fundamental de las masas campesinas.</i></p> <p><i>El movimiento zapatista contó con unos 15.000 hombres bien armados, aunque bastante mal entrenados y organi-</i></p>
---	--